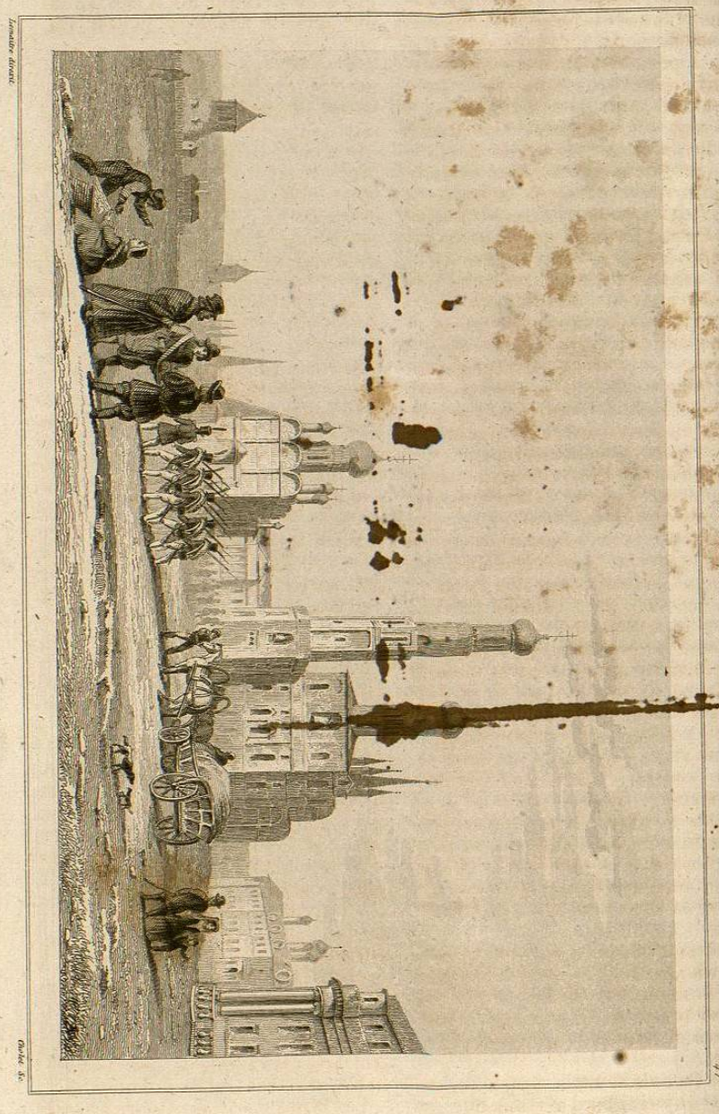
nacional, que las leyes dictadas en la dieta por Repnin no fueron sancionadas por las provincias.

El obispo de Kaminiec, desesperado porque habian emprendido con tanta lijereza una lucha que debia ser definitiva, resolvió no obstante adherirse á su partido. Corrió inmediatamente á Dresde, á Viena, á Versalles, para dar el grito de alarma sobre la marcha invasora de la Rusia.

Sin embargo, Repnin hacia marchar algunos rejimientos hácia el sur, protestando al mismo tiempo á los enviados de la Puerta que habia dado á aquellas tropas la órden de retroceder, impidiendo sin embargo que se estendiese la insurreccion; convocó sin pérdida de tiempo algunos senadores que se hallaban en Varsovia, para obligarlos á implorar el socorro de la Rusia. El rey, temiendo hallarse aislado al frente de la nacion, apresuró á Repnin para que se opusiese á los Turcos. Repnin obtuvo de los senadores lo que exijia. Las tropas rusas estrechaban por todas partes á los confederados, aislándolos de las demás provincias. Habia ya corrido la sangre, y en muchos puntos los Polacos habian hecho retroceder á sus adversarios. Aquellas leves ventajas, abultadas por la fama, escitaban el entusiasmo de los unos y los temores de los otros. Los confederados tuvieron sus héroes y sus traidores. Catalina, engañada por la reciente adhesion de los senadores, y persuadida de que aquel levantamiento era obra de los ajentes franceses, colmó á Repnin de favores, hizo distribuir cuarenta mil ducados en Constantinopla, y envió un refuerzo de tropas á Polonia. Prescribió al rey, apoyándose en el último tratado, que uniese á las tropas rusas las de la república, y declaró á los confederados *enemigos de su imperio y rebeldes á su patria*. Los Rusos avanzaron en las provincias confederadas, arruinando las campiñas y aldeas, y llevándolo todo á fuego y sangre. Los confederados se defendieron con denuedo.

Makronuski viendo su honor comprometido por haber quebrantado la tregua que le fué concedida, volvió á Varsovia, y dijo al rey: «Señor, os han engañado ó me habeis engañado. En uno de los dos casos, no me conviene serviros por mas tiempo.» Partió para Francia, con la esperanza de obtener algunos socorros menos insignificantes que una estéril simpatía. El gabinete de Viena se ceñia á seguir con ojo celoso todos los pasos de Federico. José habia sucedido á la corona imperial, y su madre le habia llamado á la co-rejencia de todos sus estados hereditarios. La Francia habia obtenido del Austria una promesa de neutralidad, en el caso de un rompimiento de la Turquía con los Rusos; sin embargo, Choiseul queria poner la Polonia en estado de guerra abierta, para separar á Catalina de la alianza inglesa, que tanto perjuicio podia causar á los intereses de la Francia. De este modo se hallaban los Polacos confederados reducidos á sus propios recursos.

Levantóse una segunda confederacion, cuyo jefe era Potoski. Los Rusos corrian de provincia en provincia, quemando los palacios de los confederados. Los Polacos atacaban la artillería al arma blanca, se dispersaban bajo la metralla, y se replegaban á los gritos de *Patria* y *Relijion*. El primado escribió á Catalina que la causa de todo aquel desórden provenia de haber faltado á la promesa de destronar á Poniatovski; y Catalina enviaba al rey las cartas del primado. Sin embargo, los confederados hacian correr la voz de que iban á recibir un socorro de cincuenta mil Cosacos koporogtes. Aquellos aventureros, jente criminal que habia burlado el rigor de las leyes, formaban una especie de república guerrera. Animados por Catalina para hacer una incursion avanzaban predicando la relijion griega y levantando á los aldeanos polacos. Estos últimos les sirvieron de guias. Todos los que no profesaban la relijion griega fueron muertos atrozmente; los judíos, envueltos en aquella proscripcion á causa de sus riquezas, fueron casi todos quemados vivos. Tres ciudades, cincuenta pue-



Tour d'Ivan Velikoï.

Torre de Ivan Velikoi.

blos y muchos millares de casas esparcidas en las campiñas fueron entregadas á las llamas. Tomaron los Rusos por asalto la ciudad de Barr, y mil y doscientos confederados fueron condenados y trasportados á Rusia. A pesar de aquellas desgracias, continuaban formándose confederaciones en Lituania y en Cracovia, y los mayores esfuerzos de los Rusos se dirijieron por aquel lado. Hácia la frontera de la Besarabia, un hetman tártaro, gobernador de la pequeña ciudad de Balta, animado contra los Rusos, formó el proyecto de encender la guerra entre Turcos y Rusos, escitando á estos á violar el territorio otomano. Alentó á un cuerpo de confederados para que sorprendiese una tropa de Zoporogos y Rusos. Los Polacos se replegaron hasta Balta, donde los persiguió el coronel ruso. La ciudad fué saqueada, y un gran número de Turcos perecieron en aquella matanza.

Sabedora la Puerta de aquel acontecimiento, encerró á Obreskof, residente ruso en Constantinopla, en el castillo de las Siete Torres, y declaró la guerra á la Rusia oficialmente. Aunque la Rusia no habia tomado sus medidas para aquella guerra, puso inmediatamente en estado de defensa las provincias amenazadas. Pocos meses antes se habia alejado Catalina de Moscou, por miedo de una revolucion. El pueblo habia rogado á Panin que pusiese sobre el trono al gran duque; no le creia seguro contra la ambicion de la emperatriz, y para protejer al hijo contra la madre encontraban justo armar contra Catalina á su propio hijo. Panin, que jugaba á dos palos, tuvo mucho trabajo para moderar la efervescencia de la multitud.

Asegúrase que la emperatriz, á la noticia que los Turcos principiaban las hostilidades, lloró de rabia, y quiso tomar un conocimiento mas exacto del estado de las cosas en Polonia.

La Polonia se creia segura de sacudir el yugo; pero se temia que los auxiliares mismos acabasen de arruinar el pais. Los acontecimientos de la Lituania eran poco favorables; Radziwil se retiró á una fortaleza que era la única que existia, de la que se apoderaron los Rusos antes que hubiese podido organizar los medios de defensa.

Sin embargo, varios emisarios esparcian la noticia, en nombre de Catalina, de que la paz con la Turquía estaba al punto de concluirse; y en efecto la mediacion de Inglaterra se dirijia á aquel objeto; mas una circunstancia imprevista, dichosa para la emperatriz, vino á paralizar las operaciones de los Tártaros. Repnin no abandonaba el proyecto de oponer los Polacos á los Turcos; en vano animó á Poniatovski para que condujese un ejército nacional contra las fuerzas otomanas; Catalina, irritada con aquella negativa, le abandonó á sí mismo.

Federico veia con una secreta satisfaccion empeñada la Rusia en una guerra ruinosa; sin embargo, fiel al tratado que le unia con aquella princesa, le pagaba un subsidio de tres millones, y no dejaba ninguna esperanza á los Polacos. Su objeto era quitar al Austria todo pretesto para entrometerse en aquella disputa; preveia que en el próximo desenlace de aquella lucha obtendria un grande acrecentamiento de poder sin disparar un tiro. El Austria habia adoptado igualmente una política de espectativa. Catalina no ignoraba aquellas disposiciones; sabia muy bien que nadie ganaria mas que ella en la reparticion de la Polonia, y echaba en silencio los cimientos de aquel poder militar, que debia mas tarde dominar la Alemania y la Europa.

Al principio de la primavera se puso en movimiento el ejército ruso. Dos ejércitos rusos combinaban sus movimientos, el uno bajo las órdenes de Galitzin, penetraba en la Moldavia para sorprender á Khoczim; el otro estaba destinado á cubrir la Ukrania. Los ejércitos otomanos carecian de la antigua fuerza de los jenízaros; los Tártaros, que se hallaban sin khan, estaban desunidos.

Los Rusos marchaban sobre Khoczim, cuyo gobernador tenia con ellos intelijencias secretas; pero la guar-

nicion mató á aquel jefe. Nuevos refuerzos y otro gobernador defendian aquella plaza; los Rusos, que no esperaban verse obligados á hacer un sitio formal, se hallaron detenidos: no obstante tomaron posicion, y su artillería dispersó á los Turcos que se oponian á los trabajos del sitio. Jamás los Turcos, ordinariamente temibles detrás de las murallas, manifestaron menos resolucion. Cuerpos enteros evacuaban la plaza, al paso que entraban en ella nuevas tropas. Sin embargo, reuníanse en Yassi un gran número de confederados para socorrer á Khoczim; los Rusos se apresuraron á pasar el Dniester para dirijirse sobre aquel punto; pero fueron inquietados en su retirada por la caballería enemiga, y se introdujo el desórden en sus bagajes. Los Rusos se mantuvieron firmes, y los Turcos, tan prontos para huir como impetuosos en el primer choque, abandonaron el convoy destinado á introducir víveres en Khoczim. Aquella nueva entrada de los Rusos en Polonia ponia en la situacion mas crítica á los confederados que les habian seguido para inquietarlos por la espalda. El jeneral ruso Weimarn dirijia desde Varsovia todas las operaciones con un tino y una intelijencia que aseguraban el éxito.

Sin embargo, trescientos mil Turcos avanzaban hácia la Moldavia. El gran visir no miraba la libertad de la Polonia sino como un punto secundario; injuriaba á los confederados, y anunciaba la intencion de arruinar el pais despues de batir á los Rusos. En fin, decidióse que un ejército compuesto de Turcos y Tártaros, conducidos por el khan, se dirijiria hácia el Dnieper para atacar el territorio ruso, mientras que los confederados, sostenidos por un ejército auxiliar, entraria en Polonia; el gran visir debia ocupar á Bender para estar en posicion de apoyar ambos movimientos. La entrada de los Rusos en Moldavia desconcertó todos aquellos planes. Su jeneral tenia órden de apoderarse á todo trance de Khoczim. Los dos ejércitos que avanzaban, el uno hácia la Moldavia y el otro hácia la Polonia, ignoraban mutuamente su aproximacion.

El bajá de Romelia, que debia entrar en Polonia, sabedor de que los Rusos habian pasado el rio, avanza á su encuentro, y su caballería les hizo sufrir alguna pérdida: pero á las primeras descargas de la artillería, huyeron los Turcos, los unos hácia Yassi, los otros hácia Bender. Solo quince mil hombres, entre los cuales se hallaba Pototski, entraron en Khoczim. Muchos cuerpos tártaros, sorprendidos en medio del ejército enemigo, se dispersaron, abandonando, en medio de un pais sin recursos, un destacamento de novecientos confederados, mandado por Krassinski. El cansancio y las privaciones hicieron perecer la mitad.

Los Rusos cercaron á Kkoczim el 14 de julio de 1669. Pototski, que dirijia la defensa, hizo frecuentes salidas que forzaron al enemigo á cambiar el sitio en bloqueo. No obstante, Rennecampf, jeneral livonio que mandaba diez mil hombres y la artillería de sitio, quedó apostado al otro lado del Dniester, y colocó sus baterías sobre una altura, desde donde su fuego inquietaba vivamente á los sitiados. En la plaza escaseaba el agua y los forrajes, y por otro lado los Rusos, espuestos á una lluvia continua, veian disminuir su ejército con las enfermedades.

Al cabo de tres semanas, Moldavanji socorrió á Khoczim; el khan de los Tártaros tomó la misma direccion: de suerte que mas de ochenta mil Turcos, Espahis y Tártaros, sostenidos por sesenta cañones, se presentaron á poca distancia del campamento moscovita, y estuvieron toda la noche sobre las armas. Los Rusos replegaron todos sus destacamentos para reconcentrar sus fuerzas; el sitio de su campamento era mal escojido, y la posicion no era defendible. Durante cuatro dias, rechazaron todos los ataques de los Turcos, quienes no pudieron tomarles un solo reducto. Mas estos últimos se atrincheraban tambien, y coronaban de baterías las alturas desde donde les era fácil destruir las líneas rusas. En aquella estremidad, se resolvió volver á pasar el rio durante la noche, en presencia de aquella multitud. Dicho paso, hecho con tanta prontitud como sijilo, hace honor á Rennecampf que mandaba la retaguardia.

Descontento el sultan del modo con que se conducia aquella guerra, hizo colgar á las puertas del serrallo la cabeza del visir, Mehemet Emir, y la de su intérprete; la misma suerte cupo al hospodar de la Moldavia y al teniente jeneral de los jenízaros. Moldavanji tomó el mando del ejército turco; una de sus primeras medidas fué publicar un manifiesto que, al mismo tiempo que anunciaba la entrada de las tropas otomanas en el territorio de la república, tranquilizaba á los aliados sobre las consecuencias de aquella invasion. Moldavanji echó un puente sobre el rio, la estacion se adelantaba; los Turcos temian que la crecida de las aguas se llevase su puente de comunicacion, en fin el gran visir entró en Polonia el 16 de setiembre, y principiaron las escaramuzas en toda la línea. Sucedió lo que se temia: el puente se rompió, y los Turcos, que á la primera noticia del peligro, habian vuelto á pasar el rio desordenadamente, aceleraron el rompimiento de sus balsas con su precipitacion. La corriente se llevó los restos antes que la vanguardia se hubiese retirado: este cuerpo, despues de haber resistido por espacio de veinte y cuatro horas el ataque furioso de los Rusos, se vió forzado á rendirse. La guarnicion de Khoczim abandonó la plaza, y reducidos los confederados á protejer la retirada de sus aliados, vieron desvanecerse sus esperanzas. Los Rusos penetraron en la Moldavia y la Valaquia, que habian quedado desiertas, y se apoderaron, casi sin disparar un tiro, de Khoczim, Yassi y Bucharest. La huida de los Turcos les permitia disponer de sus fuerzas contra la Polonia, la que se hallaba reducida á sí misma. Abandonados de sus aliados, implorando en vano los socorros de la Sajonia, del Austria y de la Francia, los confederados no tenian mas alternativa que la esclavitud ó una muerte gloriosa. Los mas jenerosos no titubearon: reunidos en Biala, proclamaron al conde Krassinski mariscal jeneral del reino, y al conde Pototski rejimentario jeneral. La confederacion lituania no tardó en reunirse á la de Biala. El conde Pac fué nombrado sustituto de los dos jefes ausentes, y se esparció aquel acto por todo el reino.

Volkushi habia reemplazado á Repnin en la embajada; mas no tenia el mando de las tropas, y su carácter sauve y débil estaba muy lejos de corresponder á la exijencia de las circunstancias. Catalina hizo notificar á Poniatovski que tomase abiertamente su partido contra los confederados, só pena de ser destronado. Poniatovski no hizo caso de todas aquellas órdenes.

Sin embargo, el brillo de las fiestas habia reemplazado en Rusia la zozobra que habian causado los primeros acontecimientos de la guerra con los Turcos. Catalina estaba resuelta á aprovecharse de aquellas ventajas; y sin perder de vista la Polonia, que le inquietaba poco, echó una ojeada ambiciosa sobre la Crimea, desde donde podria dictar sus leyes á la Turquía dejenerada, é hizo salir una escuadra del Báltico con direccion á los mares de Levante.

Federico habia aconsejado á la emperatriz seguir el plan que ella misma habia adoptado: consistia este en establecerse en la Moldavia y la Valaquia para defender el paso del Danubio, mientras que un ejército conquistaria la Crimea. Para hacer frente á tan crecidos gastos, creó Catalina un banco, y bastó su voluntad para dar al papel el mismo valor que al numerario.

Las intrigas tramadas en Grecia por los ajentes rusos tuvieron su resultado: Estephano, el falso Pedro III, habia logrado sublevar los Montenegrinos. Benaki, Griego del Peloponeso, hombre de una fortuna colosal, prometió á Papaz-Ogli, emisario de Orlof, que se sublevarian cien mil Griegos luego que la escuadra rusa les surtiese de armas.

Una prediccion antigua, esparcida en toda la Grecia, preocupaba á aque-

llos pueblos, tan ignorantes como crédulos, con una esperanza supersticiosa. Anunciaba aquella tradicion que una nacion blanca destruiria el imperio turco, y la interpretaban en favor de los Rusos. Estos no cesaban de repetir que la Europa veia con satisfaccion que la emperatriz cargaba sola con el peso de aquella guerra, y en apoyo de aquel aserto, mostraban la inaccion de los gabinetes en la guerra de Polonia.

Mientras que la Grecia soñaba con su próxima restauracion, los caballeros de Malta pedian á la emperatriz que enviase una escuadra al Mediterraneo, y le comunicaban todas las noticias que habian adquirido durante una larga guerra con los Turcos.

Una primera escuadra salió de los puertos del Báltico en setiembre de 1769; en aquella época se hallaba el ejército ruso en la situacion mas crítica.

Despues de una navegacion peligrosa, llegaron aquellos pesados navíos á Inglaterra.

El almirante Spiritof, que solo lo era de nombre, mandaba la escuadra; mas el jefe efectivo era el contraalmirante Gregg, oficial inglés de grande esperiencia. Elphiston, oficial escocés de suma habilidad, condujo á Inglaterra una segunda escuadra. Los Rusos no ocultaban ya el intento de forzar los Dardanelos para ir á bombardear á Constantinopla y ponerse en comunicacion con las fuerzas navales del mar Negro. Los Turcos ignoraban aun el verdadero estado de las cosas en sus posesiones griegas, y un pequeño socorro dado á los Montenegrinos, con un aparato calculado, hacia creer que la Rusia solo se entrometia en lo puramente relijioso.

Pusiéronse en obra todos los medios de enganche para reclutar las tropas de desembarco y los equipajes de la escuadra rusa. Orlof desplegó en aquellas intrigas una prudencia y una habilidad estraordinarias. En fin, cuatro navíos de la primera escuadra se presentaron en el Mediterraneo; la prontitud de aquella espedicion, el apoyo que parecia darle la Inglaterra, impidieron á las demás potencias de Europa oponerse abiertamente. Sin embargo la Francia propuso inmediatamente su alianza al Sultan, con tal que reclamase él mismo aquel socorro oficialmente; Venecia permaneció neutral, y la órden de Malta, solicitada para que uniese sus fuerzas con las de la Rusia, declaró que observaria la misma conducta que las potencias que eran sus naturales protectoras.

Ya se habia asegurado la Rusia de los puertos de la Toscana, de Cerdeña y de Mahon. Este último era el puerto de reunion de la escuadra.

Durante aquellos preparativos, la guerra, al principio desforable á Catalina, habia cambiado todas sus probabilidades, y la Turquía, amenazada en todos los puntos, parecia tocar á su ruina. Hablábase ya de sublevar á los Tártaros y de incorporar al imperio el Peloponeso y las islas.

A principios de febrero de 1770, aparejó Spiritof en Mahon; tres navíos destacados de su escuadra debian ir á tomar en Liorna á Alexis, Papaz-Ogli y los reclutas que habian podido reunir. Los demás buques, bajo el mando de Teodoro, hicieron rumbo hácia Malta, ignorando la neutralidad que la Orden habia declarado poco antes; desde allí se hicieron á la vela para el Peloponeso. Aquella escuadrilla, precedida de un navío que llevaba los Montenegrinos, entró en el puerto de Betylo. Sin embargo los Maniotas aconsejaron á Teodoro que avanzase por mar y tierra hácia la ciudadela de Coron. Descargaron los cajones de armas, construyeron apresuradamente algunas galeotas, y al mismo tiempo fueron á reclutar jente en las islas venecianas. Acordóse entre Teodoro y el primado Benaki, que se formarian dos lejiones de los Griegos reunidos en Betylo para penetrar en el interior del Peloponeso y recorrer la costa occidental. Mientras que el cuerpo principal sitiaba á Coron, la lejion llamada *Oriental* se apoderaba de Misistra y del territorio de la antigua Esparta.

No obstante, Coron se resistia debimente; los castillos de Navarino capitularon: los Turcos armaban á toda prisa algunos navíos viejos; sorprendidos al saber la llegada de una escuadra rusa en el Mediterraneo, exhortaban á los jefes del Peloponeso á una vigorosa resistencia, prometiendo enviarles un pronto socorro. En el ínterin pareció Alexis delante de Coron; hizo abandonar el sitio de aquella plaza y dirijió todas las fuerzas disponibles hácia Navarino. El plan del favorito era sublevar todo el interior del Peloponeso, y aislar de este modo las fortalezas de la costa, cuyas comunicaciones cortaria la escuadra rusa. Mas los Albaneses acudieron al socorro de los Turcos; robaron y mataron cuanto hallaron á su paso, mientras que la escuadra turca llenó de espanto las costas.

Sin embargo, los Albaneses acudian en fuerza á Coron; se apoderaron del desfiladero de Nisy; esparcense en seguida en la llanura, arrojan ante sí á los Griegos que no pueden matar, detiénense una sola noche en Coron y se apoderan de su artillería.

No obstante, despues de algunos combates insignificantes, se hallaron las dos escuadras en presencia, colocadas en órden de batalla en la bahía de Tehesme; despues de un combate obstinado, que concluyó incendiándose los dos navíos almirantes, un brulote decidió tambien el incendio de la escuadra otomana.

Mientras que las fuerzas marítimas de la Turquía recibian aquel descalabro, y que el divan, reducido á buscar socorros estranjeros, solicitaba la alianza del Austria y de la Francia, la fortuna se declaraba por Catalina, haciendo progresar la invasion de los Rusos en la Crimea. El objeto de Catalina era la ocupacion de la península de la Crimea: dos ejércitos rusos se avanzaron, el uno en la Moldavia propiamente dicha, para defender el paso del Danubio, y el otro en la Moldavia tártara ó Besarabia, para apoderarse de sus plazas fuertes. Este último ejército, á las órdenes de un hermano de Panin, avanzó hasta Bender, que defendia una guarnicion procedente de las orillas del Éufrates. Los emisarios de Catalina sembraban la discordia entre los jefes de aquellas tribus, prometiéndoles, en nombre de la emperatriz, respetar sus propiedades y libertarlos del yugo de los Turcos. Los Tártaros de Crimea rechazaron un cuerpo ruso bastante considerable, pasaron el Dniester á nado, y entraron en la Moldavia turca. El ataque y la defensa de Bender fueron conducidos por una y otra parte con mas valor que destreza. La peste, que aflijia á aquella ciudad, determinó á una gran parte de los habitantes á refujiarse á Oczafot.

El segundo ejército ruso, diezmado por las fatigas, la desercion y las enfermedades contajiosas, se hallaba reducido á cuarenta mil hombres, contando con las tropas irregulares. El jenera! Roumanzof que lo mandaba, recibió la órden de defender el paso del Danubio, que se preparaba á pasar un ejército de ciento y cincuenta mil Turcos. La inundacion del rio permitió á los Rusos avanzar por la Moldavia; mas los Tártaros les siguieron molestándolos sin cesar, y dieron con esto tiempo al ejército otomano para efectuar el paso del Danubio. Ya se habian reunido diez mil Otomanos á los Tártaros y destruido un cuerpo avanzado de cuatro mil Rusos; mas bien pronto, sorprendidos á su vez, sin los Tártaros que los creian en una posicion inespugnable, fueron allí enteramente derrotados. Roumanzof continuaba marchando adelante, siempre molestado por nuevas tropas otomanas y por cincuenta mil Tártaros que revoloteaban sobre sus flancos y amenazaban sus convoyes y sus líneas de comunicaciones con la Polonia y con el ejército ocupado en el sitio de Bender. El jeneral ruso se hallaba en una posicion muy crítica, cuando supo que todo el ejército enemigo habia logrado pasar el rio en trescientos barcos, precisado á dejar en la orilla opuesta el estandarte del Profeta, la caja militar y la artillería gruesa; no tenia con él mas que diez y siete mil hombres, y se veia al canto de hallarse rodeado por todas partes. Pedro, en un peli-

gro semejante, habia capitulado. Roumanzof se atrevió á combatir. Con sus Rusos estenuados, marcha contra los Turcos para no darles tiempo de atrincherarse; pero ya los encontró atrincherados y rodeado su campamento de un foso murallado. Llegados los Rusos delante de las trincheras, abrieron un fuego de artillería tan sumamente vivo, que las baterías turcas quedaron luego desmontadas; al mismo tiempo el jeneral Bauer rodeaba los atrincheramientos y su artillería aterraba el flanco de los Turcos. Esta maniobra hábil sembró la confusion en aquel ejército, doce veces mas numeroso que el de los vencedores; y huyó vergonzosamente, abandonando sus armas y bagajes, sin esperanza de salvarse hasta haber traspuesto el rio. Esta derrota causó la de los Tártaros; una parte se retiró á Ismailof, los demás se refujiaron entre Bender y Akerman. Mientras que los ejércitos de Catalina triunfaban sobre el Danubio, su escuadra se reunia hácia los Dardanelos, y se preparaba á hacer la conquista de las islas vecinas.

Constantinopla estaba llena de espanto; el sultan convoca el divan, espone el estado de las relaciones con las córtes de Versalles y Viena, y deja á aquel consejo la eleccion de la paz ó de la guerra. El divan se decidió por la paz. Esta decision se mantuvo secreta, y se tomaron medidas para continuar la guerra, por no chocar abiertamente con el pueblo humillando su orgullo nacional. Recurrióse en primer lugar á la mediacion de la Prusia y del Austria, cuyos ministros la habian ofrecido sin cesar. El embajador de Francia no se entrometió en aquellas negociaciones; redoblaron sus instancias para que se concluyese una alianza entre su córte y la Puerta; pero este ministro alentaba al sultan para que prosiguiese la guerra.

Sin embargo, la victoria de Cahoul habia atraido la sumision de casi todas las tribus tártaras inmediatas á Bender; sus diputados convinieron con Panin que se separarian de los Turcos, y que conservarian, bajo la proteccion de la emperatriz, sus antiguas leyes y prerogativas.

La guarnicion de Bender, cuyo gobernador habia muerto de la peste, se defendia con gran valor, y los Rusos adelantaban muy poco. En fin, el jeneral Bauer vino á prestar á los sitiadores el socorro de su esperiencia; el trabajo de las minas fué adelantado con mas intelijencia, y, á pesar de frecuentes salidas y pérdidas considerables, se hallaron por fin en estado de dar el asalto el 26 de setiembre.

Despues de una terrible lucha, que duró toda la noche, temiendo Panin la pérdida de sus mejores soldados, hizo tocar retirada; mas estos, dirijiéndose á sus oficiales: «Retiraos, vosotros, les dijeron, sois muy dueños de hacerlo; por lo que toca á nosotros, queremos perecer ó tomar la ciudad.» El incendio agregaba sus horrores á los de la carnicería; á las cuatro de la mañana, se hallaban los Rusos dueños de la muralla; los Turcos se defendieron todavía con el valor de la desesperacion en medio de los escombros, y fué preciso sitiar cada uno de aquellos refujios; en fin, el seraskier, herido de un casco de bomba, pidió la capitulacion, y el palacio donde se retiró con un puñado de jenízaros cayó en poder del vencedor. Algunos espahis salidos de la ciudad, llevando en grupa sus mujeres, sus hijos y sus mas preciosos efectos, penetraron en el campamento de los Rusos y mataron á cuantos hallaron á su paso; mas la artillería los dispersó, sus mismas mujeres pedian la muerte, por no caer entre las manos de los Rusos; y aquellos desgraciados no titubearon en concederles aquella última y funesta gracia. Perseguidos por los Cosacos, la mayor parte fueron muertos ó cojidos. Rulhiere, hablando de esta guerra memorable, afirma que aquel asalto costó á los Rusos tres mil hombres, y el sitio mas de veinte mil.

Panin, despues de haber puesto una guarnicion en las ruinas de Bender, hizo pasar el resto de su ejército á la nueva Servia, donde el botin que llevaron los soldados ocasionó la peste. Aquella conquista produjo resultados de importancia, abrió á los Rusos el camino de la Moldavia, y separó la Polonia del territorio turco; desde entónces pudo preverse la conquista definitiva de la Crimea.

Al aproximarse el invierno, evacuaron los Turcos las ciudades que cubrian la orilla izquierda del Danubio, porque tenian por costumbre suspender las hostilidades en aquella estacion. Los Rusos entraron en Ismailof, sin disparar un tiro; en ella encontraron un gran número de embarcaciones, y Catalina hizo pasar una órden á sus jenerales para que trabajasen sin cesar en el aumento de aquella escuadra.

Sin embargo Orlof tuvo un descalabro en el Archipiélago. Los Turcos le atacaron repentinamente, y le obligaron á abandonar precipitadamente el sitio de Lemnos. El llamamiento de todos los oficiales y marineros ingleses que habian tomado servicio en aquella escuadra acababa de abandonar á los Rusos á su inesperiencia y dejadez. Alexis Orlof partió para la Italia; el almirante ruso fué á Paros, donde invernó, y, dueño de aquella posicion, se apoderó con facilidad de las islas vecinas.

Mientras que se celebraban en Petersburgo ventajas tan brillantes, los confederados hacian su último esfuerzo. Volvieron á principiarse las hostilidades; el jeneral Saniaski, despues de haber sorprendido seiscientos Rusos en Petrikan, fué enteramente derrotado con cuatro mil Polacos, y conducido á Varsovia con cuatrocientos nobles. Los reveses de los Turcos hácia esta época, 1770, parecieron atajar las empresas de los Polacos.

La Francia se arrepentia de no haber tomado medidas eficaces en favor de la Polonia; la guerra de Turquía aumentaba la gloria de Catalina, y hacia mas crítica la situacion de la república. Decidióse pues á hacer algunos sacrificios pecuniarios, que, aunque insuficientes, podian alargar la guerra. Dumuriez, ajente secreto de Choiseul, fué encargado de entregar á los confederados un socorro mensual de seis mil ducados; vió en Munich al príncipe Cárlos de Sajonia, ex-duque de Curlandia, que consintió, bajo la promesa de que la confederacion le restituiria aquella provincia, en dar á los Polacos un socorro de seis mil Sajones. Desde allí fué Dumuriez á Viena y llegó á Esperies. Inmediatamente envió dos confederados, el uno á Viena y el otro al príncipe Cárlos; mas el gabinete austríaco declaró que, á menos de mostrarse hostil á la causa que representaban, no podia tratar con ellos. Fué pues necesario no contar mas que con los recursos de la Polonia, que consistian en algunas tropas irregulares en la Moravia y la Lituania, y en cuatro cuerpos de tropas de poca monta; los dos mas numerosos estaban á las órdenes de Zaremba y Casimir Poulawski. Este último se dirijió precipitadamente sobre Cracovia, y llegado delante de aquella plaza, se apoderó de los puntos rusos, penetró en los arrabales, incorporó á su pequeño ejército un rejimiento de caballería polaca y el rejimiento de los guardias de la corona. A esta noticia acudieron los Rusos á Cracovia con fuerzas considerables; y Poulawski, diseminando sus soldados, se arrojó por muchos puntos sobre el camino de la capital, y apareció inopinadamente sobre los muros del convento de Czenstokow, cuyo sitio acababa de abandonar el jeneral Drewitz, instruido de su marcha. Los relijiosos, confiados en la fuerza de su abadía, quisieron mantenerse independientes de los Rusos y de los confederados. Poulawski penetró en la plaza por sorpresa, y resolvió mantenerse en ella. Mientras Zaremba ponia aquella plaza en un estado formidable de defensa, Poulawski sucumbió en una empresa que intentó sobre Posen: volvió al monasterio; mas antes de encerrarse en él, encargó á Kozakowski que fuese á reanimar el celo de los Lituanios.

Poniatowski temió que el consejo declarase su destitucion: en medio de las desgracias de la Polonia, aquel príncipe, ocupado en miserables intrigas amorosas, parecia no pensar en nada mas que en conservar su corona. Aconteció pues lo que temia;

el acto de destitucion fué promulgado y esparcido por toda la Polonia; tres confederados se encargaron de llevar á Poniatowski la órden de comparecer ante el consejo, y lograron entregársela antes que hubiera sospechado que recibia de sus manos una declaracion auténtica de la vacancia del trono. Mas era mas fácil hacer un manifiesto que asegurar su ejecucion, y en el estado en que se hallaban las cosas, se miró aquella medida como una baladronada.

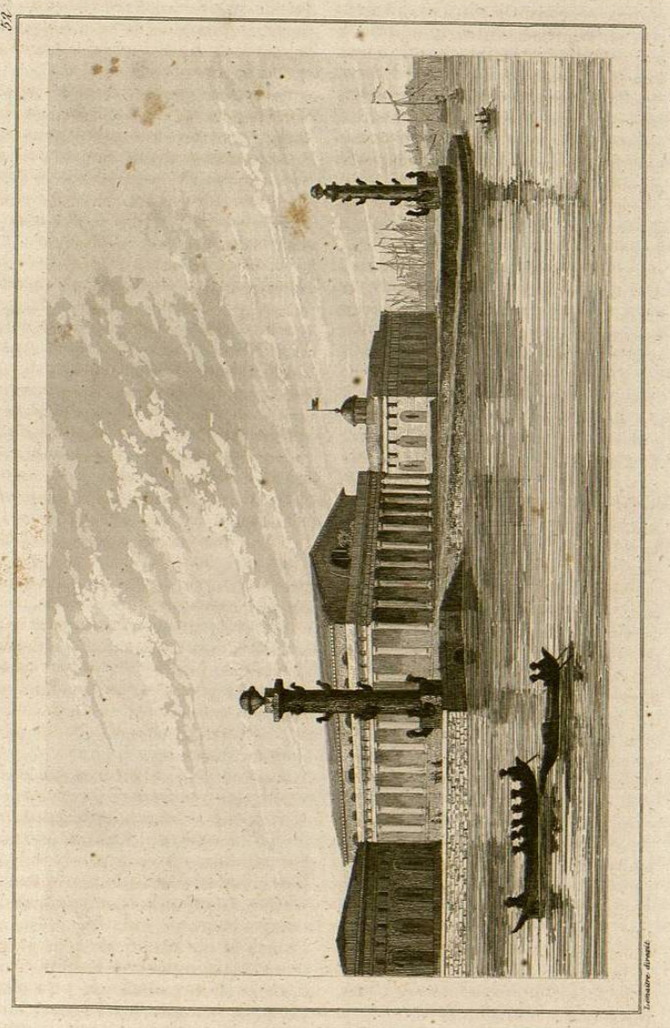
Drewitz continuaba el sitio de Czenstokow. El rey de Prusia, en desprecio de la neutralidad que aparentaba, prestó á los Rusos cañones de sitio; mas la resistencia heroica de Polawski y la estacion avanzada forzaron á aquel jeneral á levantar el sitio con pérdida de mil y doscientos hombres. Algunas ventajas en Cracovia y en la gran Polonia, teatro de las operaciones de Zaremba, y el rumor del rescate inesperado de Czenstokow, reanimaron la esperanza de los confederados, quienes recibian al mismo tiempo noticias satisfactorias de la Lituania. En la fortaleza de Landskron tuvieron la gloria de rechazar á Suvarof. Mas aquellas mismas ventajas precipitaban su destino; las potencias que meditaban el reparto de la Polonia principiaron á temer que se les escapase la presa, y Catalina, segura de convertir en cómplices á sus rivales, esperaba que se quitaran la máscara para formular sin embozo sus pretensiones. La Francia no era de temer, y la Inglaterra se hallaba estenuada. Federico habia adivinado el secreto de aquella debilidad, y advirtió á Catalina que no contase demasiado con la alianza británica. Entraba en los planes de aquel príncipe unirse estrechamente con Catalina, y preveia que el Austria, la única que podia oponerse al desmembramiento de la Turquía y de la Polonia, cesaria de ser neutral, ofreciéndola un resarcimiento.

El jóven emperador habia tenido una entrevista con Federico en Neiss, y desde aquella época, las relaciones entre las dos córtes habian tomado un carácter de conciliacion. Al siguiente año, 1770, volvieron á verse en el campo de Neustadt; en esta segunda entrevista fué admitido Kaunitz, quien aprobó separar al rey de Prusia de su alianza con Catalina. Federico, temiendo que aquellas conferencias diesen recelo á la emperatriz, le dió noticia de ellas.

Catalina y su aliado se llenaban recíprocamente de alabanzas; no obstante, y como para merecerlas mejor, ninguno de los dos perdia de vista los intereses políticos. A fines de 1770, el príncipe Henrique, hermano del rey, recibió la órden de ir á Petersburgo para asistir á las fiestas brillantes que se celebraban con motivo de las victorias alcanzadas sobre los ejércitos otomanos. La peste, que entónces aflijia á Moscou, no impidió á Henrique el ir á visitar aquella capital; volvió cerca de Catalina, y la halagó en términos que se manifestó dispuesta á acceder á un nuevo sistema de alianza entre la Rusia y la Prusia. En aquella época, segun testimonios fidedignos, principiaron las primeras conferencias sobre el repartimiento de la Polonia. Hacia mas de seis meses que el Austria estaba muy distante de prever el resultado final de la lucha de las confederaciones polacas.

Mientras que la emperatriz batia á los Turcos y sujetaba la Polonia, el imperio pagaba bien caras aquellas ventajas cuyo fruto debian recojer las jeneraciones venideras. El erario estaba exhausto, y la peste asolaba á Moscou.

A pesar de la disminucion de la poblacion por causa del contajio, la guerra y la emigracion espontanea de seiscientos mil Kalmukos resolvió Catalina volver á principiar las hostilidades, haciendo marchar á un mismo tiempo las operaciones contra los Turcos y Polacos (1771). La Puerta habia hecho grandes preparativos, lisonjeándose suplir con el número la organizacion y la disciplina. Derrotados los Turcos, tanto en Europa como en el Asia, y mientras que sus esfuerzos se dividian sobre tantos puntos, Dolgoruki penetraba en la Crimea, abriendo por fin aquella provincia á la Rusia los



ST PETERSBOURG. SAN PETERSBURGO. 52

La Bolsa.

Lemaître direxit.

La Bourse.